

Mariano Latorre

Camilo Lemonnier

CAMILO Lemonnier nació en 1844, en una casa del barrio de Ixelles, en Bruselas, que aún existe. Su padre era un flamenco de Lovaina, abogado; su madre una brabantona de vieja cepa.

Había, pues, en su sangre algo de las dos razas constitutivas de Bélgica. El mismo Lemonnier resolvió el problema diciendo: Ni flamenco ni walón: toda la tierra belga es mi tierra; yo me siento en mi casa tanto en las llanuras de Flandes como en las sierras del Meusa, pero como él era un verdadero temperamento de pintor, como un héroe favorito de Rubens, es a la tradición flamenca a la que más se aproxima.

Su infancia se desarrolla apaciblemente en la casa paternal. Su madre que lo inicia en las tradiciones de Brabante, hace nacer en él el gusto por la intimidad del hogar burgués. Allí paladea las golosinas nacionales; Kolkebalkhen, spekuloos, pan de almendras, que después describe maravillosamente y con deleite de gastrónomo.

Fué un mal estudiante. Uno de sus biógrafos, Jorge Rency, dice más o menos: «Yo he revisado en los libros del Ateneo de Bruselas donde inició sus estudios sin encontrar ni siquiera una distinción, ni en gimnasia».

Cuenta él mismo, por lo demás, que hizo permanentemente la cimarra para ir a leer a Lamartine y a Víctor Hugo bajo los árboles. Los estudios universitarios tampoco le interesaron. Se

presentó varias veces al Curso de Leyes, y su padre, desesperando de sacar de él un abogado, como era su sueño, decidió hacerlo empleado público y lo empleó como supernumerario en el Consejo Provincial de Bruselas. La idea no era feliz. La lectura, bajo los bosques, de Victor Hugo y Lamartine, no prepara muy bien para autómeta administrativo. Lemonnier comprendió que no podía sujetar su libre naturaleza a obligaciones semejantes y presentó su dimisión. He aquí como cuenta Enrique Picart la truculenta ceremonia:

«Un día se abrieron las puertas del Gobierno Provincial para dejar pasar una soberbia victoria, magníficamente enjaezada. Fué un momento imponente. Un ujier se aproximó a la portezuela, pero una voz imperiosa gritó de adentro: «El Gobernador! Llamad al Gobernador!» Creyendo en la visita misteriosa de un gran personaje, el bedel previno a su patrón. Entonces el que estaba en la calesa se dignó descender, pasó soberbiamente al Gobernador un pliego cuidadosamente lacrado y cerrado.

«—¡Tengo el honor, dijo, de entregaros mi dimisión!

«Luego hizo un signo al coche que desapareció, envuelto en una soberbia polvareda rojiza, mientras el Gobernador, estupefacto, daba y daba vueltas entre sus manos a la nota en que el humilde supernumerario Lemonnier presentaba su renuncia.

«Alegres compañeros habían seguido de cerca los detalles de la bufonada que terminó en una cantina del barrio en espumantes shops de cerveza, frente a media docena de flamencas de pechos exuberantes y dientes blancos, como espuma de leche recién ordeñada.»

Hay que agregar, para darse cuenta del valor de esta renuncia, que en esta época Bélgica no tenía escritores ni público que leyese. País de industriales y de comerciantes, no leía sino folletines o novelas de los autores franceses de segunda mano. Su majestad el cursi de Octavio Feuillet entretenía los ocios de los rojos flamencos y de los mofletudos brabantones.

Sin embargo, Lemonnier no se subleva estúpidamente contra este medio hostil. Es preciso, dice, acostumbrarlo a leer. No dice: el hombre era bueno; la sociedad lo ha pervertido! Dice

más bien: El hombre era al principio un animal de presa, cruel y sanguinario; y es la sociedad cada día mejor organizada, bajo la obra lenta de los sabios, de los poetas, de los pedagogos, quien lo ha reformado y lo ha humanizado. No te alejes so pretexto de que la sociedad no es perfecta aún. Coloca tu piedra, por pequeña que sea, al edificio de las edades. Sin duda, no serás tú el que coronará con un ramo de flores el término del edificio. (Esto del ramo de flores es en Flandes; en Chile colgamos una damajuana en señal de terminación.) Satisfácese con el rol de un humilde y laborioso obrero! Apesar de todo, Camilo Lemonnier estableció en su espíritu y en su obra una distinción radical entre el suelo del país, sus paisajes, su aspecto físico (es decir, la naturaleza) y la sociedad hermana que vive allí, el gobierno que la dirige, la burguesía que sostiene a este gobierno. A esta sociedad, a este gobierno, a esta burguesía declaró la guerra, no por razones de orden político, sino porque le pareció que su influencia era contraria a los intereses del arte y de la vida.

A los veinticinco años precisamente, por este divorcio entre el medio y su naturaleza, arrienda en el Meusa con algunos pintores la Abadía de Burnot. Allí vive como un campesino, como un merodeador, escribiendo poco, entretenido en cazar, soñando, fumando, recorriendo incansablemente la llanura y el bosque. Esto era en 1870. Lemonnier deja el morral de cazador y visita el campo de batalla de Sedan. A su vuelta publica en un relato lo que ha visto. Así nació «Les charniers» que, según algunos, es el origen de la famosa novela de Zola «El Desastre. Sea como sea, Zola escribió a Lemonnier poco antes de aparecer su famoso libro: «Después de vuestro «Les charniers» siento verdaderamente temor de publicar mi novela».

Después de este libro, declara Lemonnier, un clamor de horrores, de cólera, de piedad me quedó en la garganta. Comprendí de improviso que el escritor tiene un deber y escribí «Sedan».

Estas palabras marcan en el joven novelista un momento cul-

minante. El escritor tiene un deber, una misión. Es una verdad que no puede demostrarse; pero que se la comprende en formas muy variadas. Para Flaubert, por ejemplo, fanático de la teoría del arte por el arte, esta misión es realizar la belleza, sin pensar en sus consecuencias sociales. Lemonnier se acerca a Zola por esta concepción más filosófica del arte. Es un enemigo de la sociedad, incontestablemente. No se trata de mejorarla sino de suprimirla; pero no por medio de bombas y revoluciones, sino enseñándola a no olvidar ciertos principios primordiales. La sociedad hay que suprimirla en el cerebro, en el corazón, en las costumbres del hombre. La sociedad ha hecho de un ser sano y puro, un ser enfermo y corrompido. De un ser creado para la libre alegría de los sentidos, un autómatas, esclavo de obligaciones envilecidas y que muere sin haber conocido nunca la felicidad. La misión del escritor será, entonces, mostrar a la criatura humana que ella tiene derecho a la felicidad y que ella no la encontrará sino en el seno de la naturaleza, viviendo de acuerdo con las leyes profundas del instinto.

Lemonnier permaneció fiel a esta tesis. Es la gran idea de su vida. Se ha dicho que era voluble y ondulante, que sufría todas las influencias, que cambiaba de manera y de estilo a cada libro nuevo. Esta complejidad es exacta. En uno de sus libros, «*Dames de volupté*», lo reconoce y se vanagloria de ello: «Yo he hecho del espíritu una casa cuyas ventanas se abren a crepúsculo de púrpura y de metal, cuyas ventanas se abren también a los muelles claros de luna. Estoy en mi elemento allí donde haya un jirón de misterio. El día en que, resignado a confiarme, dueño de un rincón, no mire más hacia el horizonte, allá lejos, que se cierre la tapa de mi ataúd; los gusanos, como a un queso, habrán devorado mi cerebro.»

Es necesario obedecer a la vida, es necesario ser entre sus manos como un niño.

«Me abandono, continúa, a las circunstancias, a mi vida, a mi instinto que son mis guías y los únicos a que obedezco. Yo no soy sino eso, en verdad, un inconsciente, un instintivo».

No hay ejemplo en la historia de la novela de un escritor

que haya proclamado tan ampliamente, tan francamente, este deseo de rehusar todo sometimiento a la razón, considerando al INSTINTO como una razón superior a la *razón racional* de los clásicos. Psicológicamente, admitimos que el instinto es una fuerza ciega, cuya libre expansión arrastraría a la humanidad a un estado caótico en que los débiles serían devorados por los fuertes implacablemente; por lo demás, el instinto está en razón inversa de los principios de la ética.

Lemonnier no acepta esta idea que es la base de nuestro orden social. «Si hay algo divino en el hombre, dice en el «*Vent dans les moulins*», es la pureza original del impulso. Los impulsos son hermosos por sí mismos, la sociedad los ha pervertido solamente. Es la sociedad la que está enferma y debemos curarnos, volviendo a la naturaleza y a la belleza fundamental de la vida».

En el fondo él no pintará nunca sino un solo personaje, bajo aspectos y vestidos diferentes, un solo individuo, él mismo, es decir, lo que hay en él de más primitivo, de más instintivo, de más salvaje, de menos civilizado, o lo que es lo mismo, su amor por la naturaleza virgen e indomada, por el bosque y por el mar.

La obra que representa más típicamente esta doctrina es «*Un Macho*» que es también la más conocida de Lemonnier, escrita según él, bajo las encinas de Flandes. Su publicación produjo un escándalo en Bélgica, sobre todo por la audacia de su título. En Francia causó viva sensación en el ambiente literario. Flaubert se apoderó de ella según cuenta Picart, e iba recitando trozos por todas partes, con su gran voz cálida y tonante. Y Daudet escribió al autor; «Todos nosotros os esperamos, Flaubert, Zola, Goncourt, y yo: sois de los nuestros».

«*Un Macho*» es una salvaje y triste historia de amor. Un cazador furtivo, llamado Cachaprés siente un amor profundo y salvaje, por la hija de un granjero, la rica y bella Germana Hulotte.

Germana es la riqueza, el orden, las conveniencias, la sociedad organizada, en una palabra. El hombre es la libre y

orgullosa pobreza, lo que está fuera de la ley, el rebelde, el Cachaprés que engaña a los gendarmes; en suma, un enemigo de la sociedad. Todo los separa, todo se opone entre ellos; pero la naturaleza los une. Un poder irresistible, el calor mismo de su sangre, los arroja al uno en brazos del otro. Sus bodas, sus libres bodas carnales tienen bosque por templo. Se aman ardientemente, violentamente, y su amor, que se ríe de los prejuicios y de las conveniencias sociales, está de acuerdo con una armonía superior, con el fuego oscuro y profundo de las grandes fuerzas cósmicas.

Pero Germana, la primera, se cansa de estas misteriosas delicias. La vida ordinaria la reconquista. Cachaprés es un amante que en ningún caso puede llegar a ser un marido.

Y como todas las mujeres, ella sueña con el matrimonio, un matrimonio honrado, ventajoso, con un hombre de su casta y de su rango.

Ella se aleja, acepta las insinuaciones de un joven granjero de la vecindad. Cachaprés descubre la intriga, medio mata a su rival y reconquista a su querida amenazándola con la muerte. Esto es precisamente lo que la mujer quiere, o mejor aún, lo que la mujer no quiere. El cazador furtivo es vencido en esta lucha desigual. Toda la policía de la región lo persigue por el bosque. Mortalmente herido, desesperado por haber perdido su amor, agoniza en un matorral, como una bestia, auxiliado por una pequeña salvaje, una muchacha libre de los bosques, que lo amaba sin que él lo sospechase.

Este macho, este varón robusto y vigoroso, todo instinto, lleno de vida como los árboles entre los cuales nació, vivió, amó y murió, es la primera exteriorización del héroe que Lemonnier llevaba en sí mismo.

Después del triunfo de «Un Macho» Lemonnier va a instalarse a París. Inconscientemente se olvida de sí mismo, sale de su yo original y profundo y se esfuerza por parecerse a los que son sus compañeros actuales. Escribe libros, donde su talento, su gran talento de estilista brilla aún, pero donde no está su verdadera personalidad, excepción hecha de «Un Muerto», agua-

fuerte, sombría y trágica, verdadera obra maestra, Lemonnier despliega una extraordinaria virtuosidad de escritor, porque es en materia de estilo un virtuoso incomparable. Esta virtuosidad la había adquirido con un trabajo largo y encarnizado. Desde la escuela, si él no se aplicaba mucho a las matemáticas era porque reservaba toda su actividad para los ejercicios literarios. En la noche, cuando todos dormían en la casa, él componía variaciones múltiples con temas como estos: La luna brilla. La nieve cae. El sol se levanta. Leía asiduamente diccionarios, consultaba manuales técnicos de todos los oficios, de todas las industrias, formándose un vocabulario completo de todas las palabras exactas. Componía sus obras como un músico compone las suyas. Dice por ahí Maeterlinck: «Camilo Lemonnier es el que conoce mejor el valor y la virtud secreta de las palabras, innumerables como las olas del mar. El las posee todas, desde las que emplean en su existencia cotidiana los campesinos, los obreros, la mujer, el niño, el médico, el hombre político, hasta las que se esconden como joyas ignoradas pero necesarias, en el fondo de todas las artes, de todos los oficios, de todas las ciencias, de toda la vida, en fin. Nadie, como Lemonnier, agrega Maeterlinck, tiene en tan alto grado el don infalible y supremo de llamar las cosas por su nombre... El es en el reino del verbo el pastor que conduce el rebaño más numeroso, más diverso, el más dócil y al mismo tiempo el de mayor magnificencia.»

En esta época, 1888, publica Lemonnier un libro llamado «La Bélgica», obra admirable de evocación, de donde surge la española Flandes o el germánico Brabante con todas sus bellezas naturales, sus monumentos, sus costumbres, sus tradiciones. Se rehusó a este libro (lo cito para contar la anécdota que es muy característica) un premio de literatura oficial en que un señor de Laveleye estimó que no podía dársele como premio a los niños de las escuelas públicas, porque el autor había mostrado en él un exceso de imaginación. La juventud belga festejó a Lemonnier, en desagravio, con un banquete célebre en que Rodenbach lo saludó con el título de «Mariscal de las Le-

tras Belgas» y en que Emilio Verhaeren, entonces muy joven, leyó un bello poema compuesto en su honor.

Vuelto definitivamente a su tierra comenzó el período más hermoso de su vida, en el que nacieron sus obras más importantes: «La Isla Virgen», «El Hombre de Amor», «Adán y Eva», «En el corazón fresco de la selva», «El viento en los molinos», «Las dos conciencias», «El Hombrecito de Dios», «El Derecho a la Felicidad».

* * *

Un poeta lírico que no tuviese el don del verso: eso fué Lemonnier íntimamente, con algo de Bernardino Saint Pierre y de Chateaubriand, con los cuales emparenta estrechamente. Como ellos, sólo él es el personaje y la naturaleza no es sino una vasta y suntuosa decoración en el seno de la cual se desarrolla su personalidad; pero él, en cambio, tiene su filosofía, muy simple, muy rudimentaria, «mientras más se parezca el hombre a los animales, a las plantas, estará más cerca de la eterna verdad. Mientras más humilde sea, más sencillo, más ignorante, tendrá mayores esperanzas de ser feliz».

Teoría que, como se ve, tiene mucho de la intuición bergsoniana que, en el fondo, no es otra cosa que la libre expansión del instinto.

Sobre estos temas, motivos líricos que se renuevan sin cesar, el artista compone verdaderos himnos sinfónicos adonde llama en su ayuda todos los recursos de la orquestación verbal. La naturaleza y la vida son cantadas en todos sus aspectos, con un lujo, con una fastuosidad no igualada, con una extraordinaria riqueza de acordes y motivos. En estas obras la fábula no es nada; no tiene más importancia que el pentagrama en música. Los personajes carecen de psicología. Son grandes niños, vueltos al balbuceo primitivo. Son todos sensación, semejantes a los faunos y a las ninfas de las mitologías. Por lo demás, el solo verdadero personaje de todos sus libros es la misma naturaleza, la madre eterna, la fuente inagotable de donde todo parte y a

donde todo vuelve, la divina naturaleza a la cual el poeta panteísta confiere todos los atributos de las divinidades antiguas.

El primero de estos libros es «La Isla Virgen», algo así como una epopeya de razas donde, según Picart, Lemonnier se ha creado una lengua épica por la que pasan frecuentemente reminiscencias de Homero. Es la historia de una familia, sobre la cual pesa el incesto de dos hermanos; el hermano mayor coge a la pequeña nacida del amor impuro, la mezcla con los suyos y abandonan la ciudad maldita para fundar en la isla virgen un nuevo pueblo. El padre de todos es el implacable juez Régulo, tipo místico de juez, en el cual revive el espíritu de los viejos inquisidores, en una ciudad que se parece de un modo extraordinario a Brujas, la mística y española Brujas de los carillones y de Rodenbach.

Rency hace notar la analogía que hay entre este poema y la tetralogía de Wagner, en que Brunilda sería la hija incestuosa, y Sigfrido, Silvano, su primo, que desconociendo su parentesco elige la isla virgen.

Silvano, o hijo de las selvas, parte de la isla virgen para librar a los hombres de la catástrofe, a la cual se precipitan; pero Lemonnier no escribió el libro en que el héroe cumple su tarea,

«Adán y Eva» y «En el corazón fresco de la selva» relatan episodios donde se entrevé este edén que Lemonnier soñaba dar a los hombres. «Adán y Eva» son jóvenes en el segundo de estos libros; en el primero han constituido ya la familia. El hombre construirá la casa, labrará el campo, sembrará y cosechará el grano; la mujer cocerá el pan, *la hostia sagrada que tiene la forma de la tierra y del sol.*

De ellos nacerán las razas libres del yugo social, lavadas y purificadas en el baño inmenso de la naturaleza, vueltas a las fuentes de la vida.

Después de estos dos libros, frescos naturalistas, donde los personajes humanos no aparecen como tipos observados, sino como creaciones arbitrarias del artista, como entidades alegóricas, publica Lemonnier un curioso libro, de sugestivo título: «*El viento*

en los molinos. Este es Flandes, el Flandes del lino y de los lirios blancos, el Flandes de los pobres curvados sobre el surco, extorsionados por patrones gordos y rapaces comerciantes. El paisaje es magnífico, dice Rency; está pintado con pequeños toques, a la manera impresionista, casi puntillista; pero el procedimiento es demasiado visible y a la larga, fatiga.

Para terminar, transcribiremos las palabras que Lemonnier pone en boca de uno de sus personajes, y que son a no dudarlo, un auto-retrato:

«Un libro de Wildman (entiéndase Lemonnier) sobrepasaba siempre los límites que él se había propuesto. La vida de las imágenes, la abundancia de las sensaciones lo mareaban como en una mañana de la selva, como en los preparativos de un viaje a un mundo desconocido. No quería seguir ningún método: pero sucedía que al llegar a la revisión de los manuscritos, se veía obligado a sacrificar capítulos enteros, en beneficio de la unidad. Su arte de hombre del norte, gordo, espeso, se nutría de savia roja.»

Luego dice:

«Los grandes impulsivos ceden a la predestinación de exteriorizar las corrientes de vida que los atraviesan. Es su belleza y su miseria, puesto que así están más cerca de las fuerzas del mundo y más lejos de la simetría social.»

Su panteísmo ardiente, frenético, exuberante, tumultuoso, comenta Rémy de Gourmont, recuerda el de los grandes artistas del Renacimiento, el sátiro velludo, hecho de barro y azul, que canta Víctor Hugo y que en el Olimpo hace huir a las diosas pizpiretas y sensuales, embriagadas con su bravío olor de bosque y de macho y que pide a Júpiter respeto para el hombre, respeto para la tierra profunda, para el árbol sagrado, para la sagrada alimaña de la selva.

Murió en 1913.